

JESUS ROMERO FLORES

Nació en La Piedad, Michoacán, el 28 de abril de 1885. Murió en la ciudad de México en 1987.

Catedrático e historiador. Fue constituyente en Querétaro (1917) y senador por Michoacán. La mayor parte de sus intereses históricos giraron en torno a su estado.

Autor de: *Don Vasco de Quiroga, su vida y su obra; Anales históricos de la Revolución Mexicana* (1959-1960); *Apuntes para una bibliografía geográfica e histórica de Michoacán* (1932); *Historia de la civilización mexicana* (1926 y 1939); *Historia de Michoacán* (1941); *Leyendas y cuentos michoacanos* (1938); *Michoacán histórico y legendario* (1936); *La obra cultural de la revolución. Memoria de los trabajos realizados en el ramo de instrucción pública, durante el período preconstitucional en el Estado de Michoacán* (1917); *Páginas de historia* (1921); *Banderas históricas mexicanas* (1958); *Comentarios a la historia de México: 1821-1861* (1958); *La Constitución de 1917 y los primeros gobiernos revolucionarios* (1960); *Diccionario michoacano de historia y geografía* (1960); *Don Melchor Ocampo, el filósofo de la Reforma* (1959); *El Plan de Ayutla* (1959); *La Revolución Mexicana, síntesis histórica 1910-1917* (1960); *Comentarios a la Historia de México (1821-1861)* (1958); *Discursos cívicos pronunciados en las diferentes festividades patrióticas del año* (1955); *Documentos para la biografía del historiador Clavijero* (1945); *Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Independencia Mexicana* (1945); *El Estado de Michoacán. Resumen geográfico escrito para los alumnos del tercer año elemental* (1921); *Geografía del Estado de Michoacán* (1931); *Historia de la ciudad de Morelia* (1ª edición, 1928; 2ª edición, 1952); *Historia de la civilización mexicana* (1953); *Historia de la cultura mexicana* (1963); *Historia de la Escuela de Medicina de Michoacán* (1937); *Historia de los Estados de la República Mexicana* (1964); *Jóvenes ilustres en la historia de México* (1960); *Labor de raza* (1917); *Literatura michoacana* (1923); *México. Historia de una gran ciudad* (1953); *Nomenclatura geográfica de Michoacán* (1939); además de varios prólogos y estudios en revistas y periódicos.

Fuente: Jesús Romero Flores. *México. Historia de una gran ciudad*. Prólogo de Guillermo Ibarra. México, Ediciones Morelos, 1953. 807 p., ils., p. 761-770.

LOS CRIMENES DE VICTORIANO HUERTA

Durante cinco meses, a partir de la entrada del señor Made-ro a la ciudad de México y de su toma de posesión como Pre-

sidente de la República, efectuada el 6 de noviembre de 1911, esta capital, así como el resto del país, se conmovieron con las luchas políticas efectuadas por los diversos partidos que se fundaron para sostener a sus respectivos candidatos. Por primera vez el pueblo gozaba de la libertad de elegir libremente a quienes habrían de gobernarlo, y era de verse el entusiasmo con que todos los sectores sociales ejercitaban ese derecho tanto tiempo reprimido. Las fórmulas políticas Madero-Vázquez Gómez, de los antiguos antirreeleccionistas; Madero-Pino Suárez, de los miembros del flamante Partido Constitucional Progresista, y Madero-León de la Barra de los conservadores, ahora amparados con el nombre de Partido Católico Nacional. Pocos vecinos de la noble ciudad de México serían quienes no participaban acaloradamente en aquellas incipientes luchas democráticas.

El triunfo de la fórmula Madero-Pino Suárez y la toma de posesión de estos funcionarios en la fecha que antes se indicó, dio término a la campaña político-electoral; pero inició otra mucho más dura: la campaña de calumnias que los elementos del antiguo régimen emprendieron para desprestigiar a la Revolución, a su jefe máximo Madero, a los principales líderes de ella y en general a quienes simpatizaban con el nuevo estado político.

Era materialmente imposible que un gobierno como el del señor Madero, por mejor dispuesto que estuviera y con la colaboración de los mejores elementos así humanos como económicos, hubiera podido lograr la transformación de México durante unos cuantos meses, desterrando todas las calamidades que habían afligido al país durante tres siglos. Sin embargo, malévolamente insuflaban en el espíritu popular, los elementos porfirianos, que la Revolución había sido un fracaso y que los hombres de ella eran ineptos, incapaces de satisfacer las aspiraciones populares. El pueblo, que naturalmente seguía sufriendo las consecuencias de un régimen económico-capitalista, que el gobierno no podría transformar en dos o tres meses, sin pararse a meditar empezó a dar oídos a las malévolas aseveraciones de sus enemigos, censurando hoy al que había aclamado como su salvador seis meses antes.

La campaña contra el régimen maderista fue simultánea por todos los sectores sociales: a los maderistas se les hizo creer que su jefe los había postergado, que no había premiado sus afanes, y éstos, con Pascual Orozco a la cabeza, se levantaron en el Norte promoviendo una lucha armada enconada y san-

grienta durante varios meses. Los zapatistas del Sur, por su parte, alegaron el incumplimiento del reparto agrario y no solamente no depusieron las armas, sino que extremaron su campaña con medidas de rigor y lanzaron su Plan de Ayala como un nuevo grito de combate. Los antiguos federales, por su parte, se levantaron en armas con las dos fallidas rebeliones de los generales Bernardo Reyes en Lampazos y Félix Díaz en Veracruz, y los diputados y senadores en ambas Cámaras, diariamente lanzaban duros ataques al régimen y se oponían sistemáticamente a toda iniciativa o a toda ley tendente a mejorar la situación tradicionalmente pésima.

Pero en donde la campaña se hizo mayor fue en los periódicos. Jamás en nuestra historia se había visto mayor desenfreno, mayor cinismo, mayor grosería que la que la prensa de los años de 1911 y 1912 tuvo para con el gobierno y sus hombres más representativos. Se descendió a la injuria soez y al lenguaje tabernario y, jamás se hubiera creído que una sociedad que alardeaba de culta tolerara semejante abyección en sus periódicos.

El País, periódico católico que dirigía Trinidad Sánchez Santos, iba a la cabeza: llamaba al señor Presidente el charrro Maderito; a su digna esposa sarape de Madero, aludiendo a su nombre Sara P. de Madero; a don Gustavo Madero, Ojo parado; a don Abraham González Ñor Abraham; a la Revolución le llamaba la gloriosa y a los revolucionarios la Partida de la Porra; no hubo una persona, por respetable que fuera, si estaba vinculada con las ideas revolucionarias, que escapara a la campaña de calumnias, de apodos, de burlas y de falsedades enderezadas en su contra.

El Imparcial, periódico dirigido por los porfirianos, no perdonaba ocasión, por insignificante que fuera, para atacar al nuevo régimen. *El Mañana*, de Jesús M. Rábago y *La Tribuna*, de García Naranjo fueron otros dos periódicos de constante y tenaz oposición, así como el diario *La Nación* del Partido Católico, dirigido por el licenciado Eduardo J. Correa. *El Multicolor*, periódico de caricaturas, constantemente hacía una sangrienta burla del Presidente. Solamente un periódico, *La Nueva Era*, se enfrentaba a la lucha en defensa de la Revolución y de sus hombres.

Preparado el clima, dispuesto ya el ambiente propicio para una sublevación contra el gobierno, no se hizo esperar ésta. La madrugada del 9 de febrero de 1913 se rebelaron contra el gobierno los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes

que se encontraba en Tlalpan, al mismo tiempo que 300 dragones y 400 del quinto regimiento de Artillería, que se encontraban en Tacubaya, se encaminaron hacia el cuartel de La Libertad, en donde se les unieron cien soldados; este contingente, al mando del general Manuel Mondragón, marchó sobre la prisión de Santiago Tlatelolco, de donde libertó al general Bernardo Reyes; de ahí marcharon a la Penitenciaría, libertando al general Félix Díaz, que ahí se encontraba preso. Entretanto pasaba esto, los aspirantes habían ocupado ya el Palacio Nacional y las alturas inmediatas; pero fueron desalojados por fuerzas leales, al mando del general Lauro Villar; de tal suerte, que al llegar la columna de regreso de la Penitenciaría, ya con Mondragón, Díaz y Reyes a la cabeza, se encontraron con que el Palacio estaba nuevamente ocupado por las fuerzas leales que recibieron a los infidentes con una nutrida descarga, en la que pereció instantáneamente el general Reyes, así como muchos soldados e infinidad de curiosos que venían con la tropa o se encontraban en la Plaza o Zócalo, como le llamamos. El combate duró algunos minutos, al cabo de los cuales los rebeldes optaron por retirarse rumbo a la Ciudadela, que después de pequeña resistencia quedó en poder de Díaz y de Mondragón.

El Presidente Madero que se encontraba en Chapultepec, al tener noticia de los sucesos se dirigió al Palacio Nacional seguido por los cadetes del Colegio Militar, a los que se unieron muchas gentes del pueblo. Nombró comandante de la Plaza al general Victoriano Huerta, en substitución del general Lauro Villar, que se encontraba herido, y dio principio a una serie de combates en el interior de la ciudad de México que duraron diez días. Los rebeldes posesionados de la Ciudadela ocuparon la Cárcel de Belén y el Parque de Ingenieros, avanzando algunas veces hasta el Salto del Agua. Por el lado oriental avanzaron hasta la Asociación Cristiana de Jóvenes. Por su parte, los jefes encargados del ataque a la Ciudadela colocaron sus baterías en el Paseo de la Reforma, por el rumbo del Café Colón; por las calles de Balderas y por otros lugares que les parecieron estratégicos; pero las fuerzas del gobierno eran barridas materialmente por los infidentes. Durante aquellos días, llamados la Decena Trágica, se libraban frecuentemente duelos a cañonazos de la Ciudadela al Palacio Nacional y viceversa, en los cuales se destruían los edificios y perecían millares de personas no combatientes; los víveres escaseaban, las tiendas no se abrían, ni concurrían a los mercados los vendedores; el

hambre empezó a hacer estragos en dondequiera; los cadáveres quedaban insepultos, regados por las calles; éstas se encontraban obstruidas por montones de basura; por las noches se carecía de alumbrado y en muchas partes de agua, en una palabra, fueron aquellos días una trágica pesadilla para los habitantes de México.

En mala hora el Presidente Madero confió la defensa del gobierno al general Huerta, que estaba de antemano en connivencia con los rebeldes, por lo cual los dejó crecer, en vez de atacarlos y exterminarlos rápidamente en sus comienzos. Los comerciantes, especialmente españoles, que tan tacaños se muestran siempre, en esta vez estuvieron espléndidos con los rebeldes, a quienes les llevaban víveres diariamente, a las horas en que se concedían treguas a la lucha. También veía con simpatías a los rebeldes el ministro de los Estados Unidos, Henry Lane-Wilson, el cual, fingiendo una compasión que estaba muy lejos de sentir, llamó a la embajada a los generales traidores y al general Huerta, a fin de que llegaran a un avenimiento que pusiera fin a la terrible situación en que se encontraba la ciudad; pero ese avenimiento, lejos de que fuera en favor del gobierno que legítimamente representaba al pueblo, fue para deponerlo, firmándose el llamado Pacto de la Embajada, por el cual Huerta traicionaría al gobierno poniendo presos al Presidente y al Vicepresidente asumiendo él la Presidencia, entre tanto y al restablecerse el orden, llegaba a ella el general Félix Díaz, que ambicionaba el puesto.

En efecto, Huerta ordenó al general Aureliano Blanquet que pusiera preso al Presidente Madero: Blanquet mandó un piquete de soldados al Palacio al mando del coronel Jiménez Riveroll y del mayor Izquierdo para que cumplieran la orden. Estos penetran al despacho del Presidente y tratan de aprehenderlo; pero los ayudantes Garmendia y Federico Montes disparan sobre Riveroll e Izquierdo, a quienes dejan muertos; también la escolta que éstos llevaban hace fuego, matando algunas personas; pero el señor Madero y sus acompañantes logran escapar ilesos. Bajan por el ascensor y al encontrarse ya en el patio llega Blanquet y toma presos al Presidente, al Vicepresidente y a algunas otras personas; muchos de los acompañantes ya habían logrado huir por diversos lugares de Palacio.

Al mismo tiempo que esto sucedía, era aprehendido en el restaurant "Gambrinus" don Gustavo Madero y en otro lugar don Adolfo Bassó, intendente de Palacio. Madero y Pino Suárez fueron hechos prisioneros y encerrados con centinelas de

vista en la Intendencia de Palacio y don Gustavo fue llevado a la Ciudadela, en donde se le fusiló inmediatamente.

Para darle apariencia de legalidad a su crimen, Huerta exigió a los señores Madero y Pino Suárez la renuncia de sus respectivos puestos; una vez en posesión de ella convocó al Congreso de la Unión y este cuerpo aceptó por mayoría las renunciaciones arrancadas por la violencia a los primeros funcionarios del país. El Congreso hizo recaer las funciones de Presidente en el ministro don Pedro Lascurain, que nombró inmediatamente ministro de Gobernación a Victoriano Huerta, renunciando el puesto, en el que estuvo poco menos de cuarenta y cinco minutos. Por dimisión de Lascurain asumió la Presidencia de la República el general Huerta el 19 de febrero del expresado año de 1913.

Al día siguiente salen en son victorioso los sublevados de la Ciudadela y recorren las calles de la ciudad desfilando ante el Palacio Nacional en donde se encuentra el traidor Huerta, investido ya como Presidente; suben a saludarlo Félix Díaz y Mondragón, él los abraza, llamándole hermano al primero de dichos milites.

En favor de la vida de los primeros mandatarios, se habían interesado las Legaciones de Cuba y el Japón; Huerta, empero, necesitaba matarlos y para comprometer a muchos sujetos en este crimen, citó a una reunión en Palacio a prominentes políticos del momento, la madrugada del 22 de febrero; a ella concurrieron también los militares de la Ciudadela, senadores y miembros del Cuerpo Diplomático. Cuando dichas personas discutían la suerte que habrían de correr Madero y Pino Suárez, Huerta los hizo sacar de Palacio en dos coches; en uno iba Madero con el mayor Francisco Cárdenas y en el otro Pino Suárez con un tal Rafael Pimienta; al llegar a la Penitenciaría se fingió un asalto, diz que de partidarios de los funcionarios depuestos; en cuyo asalto habían de aparecer como víctimas estos señores. Pero no hubo tal. Los esbirros ordenaron bajar del carruaje a Madero y Pino Suárez y los asesinaron inermes y a traición. Ahí, en un costado del Palacio Negro, quedaron los cuerpos de los infortunados demócratas, acribillados a balazos. La prensa servil dio una falsa noticia, que el pueblo no creyó.

La usurpación huertista se considera como uno de los períodos más negros de la historia de México. Jamás se había visto el asalto al Poder Supremo de la República asesinando a los mandatarios ungidos con el voto popular. En esta desdichada

dictadura, que duró dieciocho meses, el pueblo mexicano sufrió lo que con ningún tirano había sufrido, ni lo tolerará ya en ninguna otra ocasión. Fue la unión de tres factores que han hecho, cada uno de por sí los mayores males a la República: los militares pretorianos, la plutocracia porfirista y el clericalismo fanático y sanguinario.

Relatar los crímenes del huertismo sería hacer el balance de las horas más negras que pasó el país en aquellos meses de 1913 a 1914. No queremos, sin embargo, pasarlos inadvertidos en este libro, a fin de que las generaciones venideras puedan defenderse en lo sucesivo de esa trilogía maldita, que desgraciadamente aún vive entre la sombra, acechando el momento oportuno de restablecer su dominio.

Más de tres mil personas murieron en la ciudad de México durante los diez días de la Decena Trágica. Fueron sacrificados el Presidente Madero y el Vicepresidente Pino Suárez. El señor Gustavo Madero fue villanamente asesinado en el Jardín de la Ciudadela; don Adolfo Bassó fue sacrificado por orden terminante del licenciado Rodolfo Reyes en los patios de la propia Ciudadela, a medianoche del 18 de febrero.

Un loco y dipsómano, que ocupó el puesto de gobernador del Distrito, nombrado por el general Huerta, llamado Enrique Cepeda, se presentó una noche a la prisión de Belén y ordenó que fuera fusilado, inmediatamente, sin formalidad alguna, el general maderista Gabriel Hernández, que ahí se encontraba preso. No contento con su crimen dispuso que el cadáver fuera incinerado en uno de los patios. Se vivía entonces bajo el terror salvaje, como entre una tribu de cafres marihuano.

El periodista y poeta Solón Argüello, que se había destacado durante el régimen maderista por su identificación con los principios revolucionarios, fue detenido por la policía, de orden de Huerta, y llevado a Tlalnepantla, en donde se le pasó por las armas. Murió como un valiente vitoreando a la Revolución y diciendo a sus verdugos: "Huerta caerá del poder que ha usurpado. Los asesinos no pueden ser gobernantes de un pueblo honrado." Argüello era de origen nicaragüense.

El periodista sonoreense Alfredo Campos Martínez, que en su Estado publicaba *La Defensa de Sonora*, llegó a la capital y poco después fue aprehendido, llevándosele a la Sexta Demarcación, en donde se le sujetó a tormentos para que revelara cuál era la misión que traía a la ciudad de México. El periodista guardó silencio para no comprometer a las personas

para quienes traía una comisión reservada; después de varios días de martirio, y viendo que no revelaba nada, fue llevado al Pedregal de San Angel, en donde se le fusiló, dejando su cadáver insepulto por varios días.

El licenciado Serapio Rendón, gran amigo de Pino Suárez y defensor diligente de cuantas personas caían en la prisión por órdenes de Huerta, fue detenido y llevado a Tlalnepantla, en donde fue asesinado con lujo de crueldad, después de haber sido golpeado en la cabeza, por el coronel Felipe Fortuño Miramón. Igual suerte corrió el licenciado Pablo Castañón Camoerverde, también defensor de reos políticos, aprehendido al llegar a su domicilio un día a mediados de mayo (1913). Se le llevó a Coyoacán, no obstante haber interpuesto un amparo, y se le fusiló entre unos magueyales.

Al anciano acaudalado don Juan Izábal, por ser simpatizador de la Revolución, se le aprehendió al salir del Hotel Palacio. Gabriel Huerta, compadre del usurpador y jefe de la Policía Reservada, se enteró de que el detenido llevaba en un pequeño veliz la cantidad de doce mil pesos en billetes de banco y algunos títulos de minas y acciones por más de setenta mil pesos, así como gran cantidad de alhajas, valiosísimas. Al ver esto, la suerte de Izábal era ya segura, iría al sacrificio; porque aquellos esbirros eran, además de asesinos, bandidos. Llevaron al preso a Tlalpan y en el camino el propio Gabriel Huerta asesinó a balazos, por la espalda, al señor Izábal.

El periodista don Juan Pedro Didapp, aprehendido juntamente con el señor Izábal, fue llevado a los llanos de San Lázaro, en donde se le fusiló, cavándose en el mismo lugar su sepultura.

El joven coronel Alfonso Zaragoza pidió su baja cuando el crimen de Victoriano Huerta, y esto lo hizo sospechoso ante el general Agustín Bretón, que mandó que lo vigilaran varios individuos de la Secreta. En efecto, por una conversación que Zaragoza tuvo con un español de apellido Jimeno, fue llevado a la Penitenciaría y de ahí al fatídico lugar de Tlalnepantla en donde se le fusiló, no sin haberlo martirizado antes, disparándole en las piernas. Murió vitoreando a Madero.

José Llanes fue asesinado en el panteón de la Villa de Guadalupe. El obrero Juan González Antillón, en el mismo lugar; Mariano Duque, en Atzacapotzalco. Al licenciado Emilio Palomino, después de apalearlo bárbaramente, lo condujeron a las lomas de Santa Fe, en donde lo asesinaron.

En los primeros días de octubre (1913) fue sacado de su habitación del Hotel del Jardín el doctor don Belisario Domínguez, senador por el Estado de Chiapas, por un discurso que hizo circular impreso y en el que atacaba a Victoriano Huerta por los crímenes que a diario se cometían. Al infortunado y valiente doctor y senador se le asesinó en Coyoacán, sitio elegido por los esbirros pretorianos para cometer sus crímenes.

El tristemente célebre "Matarratas" de nombre José Hernández, esbirro al servicio de la tiranía, mató a puñaladas al obrero Javier Robles Espinosa, llevándolo a la Calzada de los Ahuehuetes, en Azcapotzalco, en donde consumó a sangre fría su nefando crimen.

El ingeniero Carlos Villa llegó a México procedente de Chihuahua al arreglo de negocios profesionales. Un agente confidencial de Huerta dio aviso de que dicho profesionista era pariente de Francisco Villa (cosa inexacta) y que estaba coludido con la Revolución. Se le aprehendió y se le asesinó en Tlalnepantla. Este crimen lo ejecutó el coronel Quiroz, yerno de Huerta.

Vamos a mencionar, únicamente, los nombres de otras víctimas del huertismo, en la imposibilidad, por lo reducido de este libro, de dar mayores detalles; el diputado Néstor Monroy, asesinado en Azcapotzalco; el mayor Aurelio Saldaña, en la Villa; la esposa de éste fue llevada a San Juan de Ulúa. El general Rafael Tapia fue sacado de su prisión de Santiago y llevado a Coyoacán, en donde se le sacrificó. El licenciado Carrillo Cervantes (don Miguel); don José Ma. Ramos, a quien se le hizo abrir, por sus manos, la sepultura en el cementerio de Coyoacán. El señor Alfonso Pereda fue preso en el Cuartel de Peredo; su esposa e hijos iban a verlo diariamente y a inquirir por su suerte, haciendo gestiones para su libertad. Los esbirros lo asesinaron en el interior del cuartel y para que su esposa no viera salir el cadáver, lo pusieron entre un carro de estiércol, ignorándose dónde fue arrojado. Se asesinó a don Daniel Hubert, a don Carlos Rangel, a don Manuel H. Torres, a don Francisco José Menocal, a don Artemio Herrera, al mayor Isidro López Nieto y a tantos otros cuyos nombres, por las circunstancias mismas en que se realizaban estos asesinatos, permanecían en la obscuridad. Personas que salían de su casa y no regresaban jamás, unas veces recogidas de leva, eran conducidas a los batallones que salían a la línea de fuego; otras personas eran asesinadas en el interior de las

comisarías o de los cuarteles; fueron aquellos dieciocho meses del huertismo la página más triste de la historia de nuestra capital.

Los verdugos más notables en aquellos meses fueron Jorge Huerta, Manuel Pasos, Gilberto Márquez, José Hernández el "Matarratas"; además todos los comisarios y los prefectos de las municipalidades del Distrito, ya que todos obedecían ciegamente las consignas que partían de Victoriano Huerta, Manuel Mondragón, Félix Díaz y Aureliano Urrutia.

El 10 de octubre de 1913 la mayor parte de los diputados a la XXVI Legislatura Federal fueron reducidos a prisión por orden del Presidente usurpador Victoriano Huerta. La causa fue la moción presentada por uno de los diputados para averiguar el paradero del senador Belisario Domínguez, asesinado unos dos días antes. La nota dirigida a Huerta por conducto del secretario de Gobernación era bastante enérgica y se presentó al recinto parlamentario el expresado ministro, pidiendo se reconsiderara la expresada nota. El presidente de la Cámara dio trámite al escrito y levantó la sesión, quedando corrido el ministro con aquel acto. Inmediatamente fueron aprehendidos los diputados por gran cantidad de policías vestidos de paisanos, que llenaban el recinto; a medida que salían los representantes populares eran detenidos y formados de dos en dos, y custodiados por el tristemente célebre 29 Batallón fueron llevados a la Penitenciaría del Distrito, en donde permanecieron varios meses. Algunos de ellos, al salir, fueron a presentarse al señor Carranza para servir a la Revolución; otros permanecieron en México hasta la entrada del Ejército Constitucionalista.

La nación mexicana se levantó en armas protestando contra el incalificable crimen cometido por Huerta y sus secuaces a la voz de aquel varón fuerte y digno que se llamó don Venustiano Carranza, entonces gobernador del Estado de Coahuila, voz que resonó con el Plan de Guadalupe y que tuvo eco en las más apartadas regiones del país. Dieciocho meses duró la lucha en contra de la Dictadura, librándose las terribles batallas de Santa María y Santa Rosa, Orendáin y el Castillo, por las fuerzas que comandaba el general Alvaro Obregón; los combates de Torreón y Zacatecas, en los cuales quedó abatiendo el orgullo de los federales por las tropas del general Francisco Villa. En diversos lugares del país se cubrieron de gloria las armas de los generales Pablo González, Lucio Blanco, los hermanos Arrieta, los hermanos Figueroa, Gertrudis G.

Sánchez y tantos otros cuyo recuerdo es la página más gloriosa en la lucha por nuestra democracia.

Por fin, el 15 de julio de 1914 el llamado Presidente Victoriano Huerta abandonó la capital de la República dejando el puesto en manos del licenciado Francisco Carvajal, que tampoco pudo sostenerse muchos días, pues la Revolución ya tocaba las puertas de la ciudad de México.